

todos sus pasos, y que su mirada fija, sombría y de mal agüero, anunciaban desgracias al enemigo de su familia. Abrióse por fin la puerta del cuarto y se desvanecieron todas sus visiones.

### CAPITULO III.

- Como soy, los padres tienen
- De roca los corazones;
- Con ellos siempre se pierden
- Gemidos, llantos, razones.

OTWAY.

Cuando al fin Adelaida Bridgenorth entró en la sala, donde tanto tiempo había estado esperándola su amante, y con tanta impaciencia, fué con paso lento y un exterior afectado. El cuidado con que venía vestida realzaba su sencillez puritana, y penetró á Julian como si

fuese cosa de mal pronóstico; porque, aunque el tiempo que una doncella pasa en vestirse pueda muchas veces indicar el deseo que tiene de mostrarse adornada de todas sus gracias, en tales entrevistas, con todo eso, el vestido tan de ceremonia indica una resolución tomada de antemano sobre tratar á un amante con una insulsa cortesía. El vestido de color triste, el sombrero cerrado y plegado que ocultaba una gran mata de pelo castaño, la valoncita, y las mangas largas, hubieran producido un efecto poco ventajoso en un talle menos gracioso que el de Adelaida Bridgenorth; pero sus contornos ya diseñados, aunque todavía no estaban bastante desenvueltos para la perfección de su sexo, podían luchar contra la hechura de su ropa y aun también prestarle gracia. Su piel blanca y suave, los ojos negros, la frente de alabastro, ofrecían bellezas menos regulares que su talle, y hubieran podido justificar la crítica. Notábase sin embargo una viveza de espíritu en su jovialidad, y una profunda sensibilidad en su gravedad, todo lo cual era causa de que, cuando conversaba Adelaida

con aquellas pocas personas á quienes veía, fuesen sus modales tan seductores, y ella fuese tan amable por la sencillez y pureza de sus pensamientos, teniendo al mismo tiempo tan expresivas sus facciones, que se hubieran eclipsado junto á ella las bellezas mas grandes. No era por tanto de admirar que un genio tan fogoso como el de Julian tocado por la influencia de tales encantos, y con el nuevo atractivo que habia en el misterio de sus entrevistas con Adelaida, prefiriese la reclusa de Blackfort á cuantas bellas hallaba en la sociedad.

Latió su corazón con viveza al entrar ella en el aposento, y casi como sin cuidar de dirigir la palabra á la hija de Bridgenorth, dió pruebas saludándola de que habia echado de ver su llegada.

— Esto es hacer burla, señor Peveril, dijo Adelaida; haciendo esfuerzo para hablar con firmeza, esfuerzo que turbaron los acentos de una voz desigual; esto es hacer burla y una burla cruel. Vm. viene á este lugar solitario donde viven solo dos mugeres demasiado sencillas para mandarle salir de él, demasiado

débiles para forzarle á ello ; vuelve vm. á pesar de mis mas eficaces súplicas, abandonando sus mismos negocios, con peligro de perjudicar mi reputacion, como puedo temerlo. Vm. abusa de la influencia que tiene sobre la muger á quien estoy encargada y, ¡ cree repararlo todo con una profunda salutacion, y por una forzada cortesía! ¿ Es honrada esta conducta? ¿ Es justa? Hable vm., añadió despues de haber vacilado por un momento, ¿ está inspirada por la ternura?

El temblor de la voz se hizo mas sensible al pronunciar la última palabra, y el tono de reprension era tan suave que fué derecho al corazon de Julian.

— Adelaida, respondió él, si hubiera medio de probarle á vm., con peligro de mi vida, mi estimacion, respeto, ternura y afecto, tendria para mí el peligro mas atractivos que jamas haya podido tener el placer.

— Me habló vm. así muchas veces, dijo Adelaida, y este modo de producirse es á mi parecer tan extraño, que no debo ni puedo con-

sentirle. No tengo carga ninguna que imponerle, ni enemigos que vencer, ni necesidad de proteccion, ni deseo, bien lo sabe Dios, de exponerle á ningun peligro, pero no puede menos de resultar alguno de sus visitas á esta casa. No tiene vm. mas que domar su genio fogoso, dirigir á otra parte sus pensamientos y cuidados, y nada tengo que pedir mas, nada que desear. Aprovechese de su razon, considere el mal que se hace á sí mismo, la injusticia de que se hace vm. culpable para con nosotras, y permítame vm. vuelva otra vez á suplicarle con la mayor franqueza, no vuelva vm. á parecer por aquí hasta que.... hasta que...

Ella dudaba, y Julian la interrumpió con viveza.

— ¿ Hasta cuando, Adelaida? hasta cuando? Condéneme vm. á una ausencia lo mas larga que decrete su rigor, con tal que no sea una separacion eterna.... Dígame que me aleje por tantos años, pero que vuelva pasados ellos, y por muy lento, por muy penoso que me deba ser su curso, la perspectiva de que debe acabarse, me dará resistencia para sobrevivirle.

Permítame vm., pues, Adelaida, que le pida me fije vm. un término y me diga *hasta cuando*.

—Hasta que no pueda vm. mirarme sino como una amiga, como una hermana.

— Eso es una sentencia de perpetuo destierro. Parece fijársele un término poniendo una condicion imposible de cumplir.

— ¿Y por qué seria imposible? preguntó Adelaida en tono persuasivo; ¿no eramos mas felices antes de quitarse vm. la máscara con que se disfrazaba, y antes de desgarrar el velo que me cubria los ojos? ¿No pasábamos el tiempo con gusto? ¿No nos separábamos sin pena? ¿No nos volviamos á ver con alegría, porque no faltábamos á ninguno de nuestros deberes y nada nos reprendia nuestra conciencia? Haga vm. porque renazca este estado de ignorancia feliz, y no tendrá vm. motivo para acusarme de crueldad. Pero en tanto que forme proyectos que yo sé no son posibles de verificarse, y que sus discursos manifiesten lo violento de su pasion, debe vm. disimularme si le digo

hoy y de una vez para siempre, que si Debora corresponde tan poco á la confianza que se hace de ella, y me expone á persecuciones de esta especie, escribiré á mi padre me señale otra residencia y en el entre tanto me iré á Kirk-Truagh con mi tia.

— Escúcheme vm., cruel Adelaida, dijo Peveril, oígame, y verá cuan dispuesto estoy á obedecer en todo aquello que me es posible hacer. ¿Dice vm. que estaba contenta cuando no hablábamos de estas materias? Pues bien, á costa de toda mi sensibilidad que me será forzoso reprimir, renacerá este tiempo feliz. Viendo á vm., paseándonos juntos, y leyendo algun libro, me conduciré como un hermano, como un amigo. No fomentaré con la lengua mis pensamientos, sea que me los inspiren la esperanza ó desesperacion. Entonces ya no podré ofenderla. Estará Debora siempre á su lado, y su presencia impedirá hasta la menor alusion á lo que pueda causarle disgusto. Lo único que os pido es que no tenga vm. por criminales mis pensamientos, pues que forman la parte mas estimada de mi existencia. Créame vm., seria mejor,

seria mas humano privarme de la vida que de ellos.

— Ese language es lo exaltado de la pasion, Julian, el egoismo y la obstinacion nos presentan como imposible todo lo que nos desagrada. No tengo confianza en el plan que vm. me propone, ni en su resolucion, y no cuento con la proteccion de Debora. Hasta que abandone vm. con franqueza los intentos de que poco hace me dió parte no debemos tratarnos, y aun cuando pudiera renunciarlos, desde este instante seria lo mejor separarnos por largo tiempo; y por el amor de Dios que sea cuanto antes. Tal vez es ya muy tarde prevenir alguna ocurrencia desagradable. ¿Qué ruido es ese? — Tranquilizaos Adelaida, que es Debora. No hay cuidado que nos sorprendan.

— No sé que quiere decir eso. Yo no tengo nada porque ocultarme. Yo no he pretendido esta entrevista, pues que tengo hecho todo lo posible por evitarla, y en este momento estoy deseando concluirla.

— ¿Y por qué si dice vm. que debe ser la última?

¿para qué mover el relox cuando con presteza corre la arena? El mismo ejecutor de la justicia concede tiempo para que acaben sus oraciones los que ya están en el patibulo. Y ¿no ve vm. que discurro con tanta serenidad como se pudiera desear? No es vm. misma quien falta á su palabra, y destruye las esperanzas que me habia dado?

— ¿Qué palabra he dado yo á vm., Julian? Qué esperanzas pude yo hacerle formar? Esas que vm. concibe no tienen fundamento alguno: con que no me acuse vm. diciendo que destruyo lo que jamas existió. Por compasion á vm. mismo y á mí, por compasion de ambos, retirese vm. y no vuelva hasta que pueda presentarse con mas juicio.

— ¡Con mas juicio! exclamó Julian. Vm. será quien me le haga perder. ¿No ha dicho vm. que si puedo lograr consientan nuestros padres nuestra union, no se opondria á mis deseos?

— No, no, no, dijo Adelaida con prontitud toda sonrojada, yo no he dicho tal cosa, Julian. Su imaginacion es quien ha interpreta-

do así mi silencio, y el estado de confusión en que me hallaba.

—¿No me dice vm. esas palabras de consuelo? y si se removieran los demas obstáculos, hallaría yo aun alguno en ese corazón helado, en el corazón de roca de quien no corresponde sino con indiferencia ó desprecio al afecto mas vivo y sincero. ¿Es todo eso lo que dice Adelaida Bridgenorth á Julian Peveril, añadió este todo conmovido?

— A la verdad, Julian, replicó la doncella, casi llorando, no le dije á vm. eso, no digo nada, no debo decir nada acerca de lo que haré en circunstancias que nunca ocurrirán. Verdaderamente, Julian, no debía vm. apurarme de ese modo. Viéndome sin protección, deseándole todo el bien posible, ¿por qué quiere diga yo, que haré lo que me degradaría á mis propios ojos? ¿Por qué confesaré yo tener afecto al que la suerte separó de mí para siempre? Esto es muy poco generoso de su parte, es una crueldad, es procurarse un goce momentáneo y exclusivo á costa de mi sensibilidad.

—Basta ya, Adelaida, dijo Julian centelleando los ojos; bastante me ha dicho vm. para que acaben mis instancias, no la estrecharé ya mas. Pero exagera los obstáculos que nos separan; desaparecerán; forzoso será que desaparezcan.

—Eso me ha dicho vm. ya y sabe con que probabilidad. No se ha podido vm. resolver en hablar á su padre; ¿cómo pues se aventuraria al mio?

—Bien pronto se hallará vm. en estado de pronunciar. El mayor Bridgenorth es un excelente sugeto, segun me ha dicho lady Peveril, un hombre de estimacion. Yo le recordaré que á mi madre debe su tesoro mas precioso, el consuelo de su vida, y yo le preguntaré, ¿si podrá probar su reconocimiento privándola de su hijo? Sepa yo donde hallarle, Adelaida, y bien pronto sabrá vm. si tengo miedo de sostener mi causa delante de él.

— ¡Ah! vm. mismo sabe que yo ignoro el sitio que habita mi padre! Cuantas veces le he suplicado con instancia me permita participar de su retiro solitario, acompañarle en sus

huidas! Pero no puedo gozar de su presencia sino por las visitas cortas y raras que me hace en esta casa. Ciertamente que yo podria calmar en parte los cuidados que le inquietan.

— Ambos á dos podriamos contribuir, dijo Peveril. ¡Qué placer tendria yo en ayudarle á cumplir una tarea tan honrosa! Se olvidarian las antiguas disputas, y renaceria la antigua amistad. Las preocupaciones de mi padre son como las de un verdadero inglés, violentas pero capaces de ceder á la razon. Dígame vm. pues donde está el mayor Bridgenorth, y déjeme á mi el cuidado de lo demas, ó dígame vm. por que conducto le envia vm. las cartas y yo haré por saber su casa al momento.

— No haga vm. nada, le suplico, respondió Adelaida, él está ya abatido con los disgustos, y, ¿qué pensaria si yo fuera capaz de entregarme á una pasion que no puede hacer mas que aumentarlos? Por otra parte yo no sabria decir, aun queriendo, donde podria vm. hallarle. El recibe mis cartas alguna vez por mi tia Christian, pero no sé la direccion de su morada.

— ¡Muy bien! Por Dios, exclamó Julian, yo

estará con cuidado cuando viniere á esta isla, cuando entre en esta casa; y no estrechará á vm. en sus brazos antes de haber respondido á mi propuesta.

— Hagámela inmediatamente, dijo una voz que se oyó tras de la puerta cuando se abria poco á poco, pígame vm. la respuesta porque aquí está Rodolfo Bridgenorth.

Al decir esto entró el mayor en el cuarto con su paso mesurado, quitóse el sombrero alicaído y alto que le cubria la frente, y avanzando al medio de la sala echó una mirada penetrante á su hija y á Peveril uno despues de otro.

— ¡Padre mio! exclamó Adelaida admirada y espantada de su repentina presencia y á tal tiempo, padre mio, yo no tengo culpa ninguna.

— De eso hablaremos despues, Adelaida, respondió Bridgenorth, entre tanto retirate á tu cuarto, porque tú no debes presenciari mi conversacion con este joven.

— Ciertamente, padre mio, ciertamente, dijo Adelaida recelosa por el sentido que dió á estas palabras, Julian tampoco tiene culpa de nada. Por acaso y nada mas que por acaso nos

hemos visto. Avanzándose hácia su padre le abrazó añadiendo.

— ¡No os enfade vm. con él porque no me agravia en cosa alguna! ¡O padre mio! vm. ha sido siempre un hombre razonable, pacífico y religioso.

—¿Y por qué no lo seré tambien ahora, dijo Bridgenorth, levantando á su hija que casi se habia prosternado á sus pies en el fervor de la súplica.—¿Sabes tú de algo que pueda incomodarme contra este joven de suerte que ni la razon ni la religion puedan contenerme? Vete á tu cuarto, sosiégate; aprende á reprimir tus pasiones, y déjame hablar con este joven obstinado.

Levantóse Adelaida y salió despacio y los ojos bajos; Julian la siguió con la vista hasta que se ocultó el último pliegue de su ropa detras de la puerta que se cerró. Miró despues á Bridgenorth y bajó los ojos al suelo; — el mayor continuaba mirándole sin hablar palabra. Su exterior era severo y melancólico, pero nada indicaba en él agitacion ó resentimiento. Hizo á Julian una seña para que se

sentara, y tomó una silla; luego principió la conversacion del modo siguiente:

—Un instante hace, joven, parecia que deseaba vm. hablarme; á lo menos lo he presumido segun las pocas palabras que oí por acaso, porque me puse á escuchar por algunos instantes, aunque se oponga ello al código de la cortesia moderna, con el fin de saber cual podia ser la materia de la conversacion sin testigos que un joven como vm. tenia con una muchacha tan joven como Adelaida.

— Yo me alegro, caballero, dijo Julian, reuniendo todas sus fuerzas para un caso que miraba como extremo; me alegro de que vm. haya escuchado, pues no habrá oido salir de mi boca expresion alguna capaz de ofender á un hombre desconocido para mí hasta el presente, pero que debo respetar tanto.

— Por el contrario yo me alegro de ver que al parecer mas tiene vm. que hacer conmigo que no con mi hija, respondió el mayor con mucha gravedad. Mas creo debia vm. haberse dirigido á mí desde luego, pues que yo soy en este asunto la sola persona interesada.